

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA

La primera vez que hemos visto obras de Jiménez Aranda fué en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid en 1871. La musa picaresca y popular, que tan admirables lienzos inspiró al artista en el transcurso de su vida, estaba representada ya entonces por los cuadros *Como ropa de Pascuas* y *Un accidente en la plaza de toros*, premiado este último con tercera medalla.

Eran aquéllos los primeros pasos de Jiménez Aranda en una senda que habla de colmarle de gloria y de provecho. Le vimos luego crecer en arte y fama, y no sin íntima satisfacción nos dábamos cuenta de que se realizaban todos nuestros vaticinios.

Muy niño aún empezó nuestro artista á dar inequívocas señales de su vocación. A los doce años emprendió ya sus estudios, bajo la sucesiva dirección de dos oscuros profesores que le enseñaron las primeras nociones, tan efímeras como la obscuridad de sus nombres. Pero de entonces data un hecho, que, al propio tiempo que marca su gusto por la composición, revela el principio de un culto que debía acompañarlo toda la vida, con una tenacidad tan admirable como honrosa. No sabemos cómo, llegó á sus manos un ejemplar del *Quijote* de Cervantes, cuya lectura tuvo la virtud de exaltar su imaginación, en edad más propia de los juegos que de las meditaciones. Sugestionado por la belleza del asunto, por lo pintoresco de las descripciones y lo humorístico de los episodios, dióse á ilustrarlo á su manera, como puede hacerlo un muchacho desconocedor en absoluto de todas las reglas del arte. Guíabale, sin embargo, un feliz instinto. Sabido es la parte importante de su existencia que ha consagrado Jiménez á ilustrar las hazañas del ingenioso hidalgo, notable herencia artística que bastaría ella sola á inmortalizar el nombre de su autor. No hay duda que esta pasión por la obra de Cervantes tuvo su germen en aquellos infantiles escauceos; pero lo extraordinario del caso, es que, ya en la plenitud y madurez de su talento, muchos de los dibujos con que ha ilustrado el *Quijote* coinciden, salvadas las debidas distancias de corrección y arte, con aquellos primeros ensayos, prueba irrecusable de la precoz fuerza intelectual del muchacho, y de la ausencia de todo espíritu arcaico en el maestro.

Trabajó luego bajo la dirección de don Antonio Bejarano, director de la Academia de Bellas Artes de Sevilla, y con él empezó en realidad á echar los cimientos de su arte, dibujando del antiguo, con un vigor y corrección que bien revelaba cuál habla de ser la parte predominante de su talento artístico.

Hijo de una modestísima familia y, por lo tanto, con más necesidades que medios de satisfacerlas, lanzóse á pintar á la buena de Dios, «empezando — según decla él mismo más adelante — á dar palos de ciego». Hacía cuantos encargos se le presentaban, sin excluir la iluminación de fotografías y el litografiar imágenes para los *santeros* de la capital andaluza. También se dedicó por poco tiempo á la escultura, en la que parece hubiera despuntado, lo que explicaría el relieve casi tangible de su dibujo. Como quiera, hubiese perdido á buen seguro un tiempo precioso en estos ensayos y efímeras producciones, ó se hubiera malogrado su talento, sin la oportuna llegada del ilustre pintor don Eduardo Cano, que llevaba á Sevilla, además de sus sólidos conocimientos artísticos, una ráfaga de *aire de fuera*, saturado de *realismo*, que con tanta fortuna se iniciaba entonces. Conoció á Jiménez y comprendió en seguida las cualidades naturales de que estaba dotado, tomándolo por discípulo suyo.

Al lado de Cano sufrió el joven artista una radical transformación, salvándose á tiempo de un probable extravío. Se emborrachó en el estudio del natural, fundamento único de todo arte serio, y con nueva y sólida base empezó á producir los primeros cuadros, cuya intención y espíritu de novedad le dieron á conocer bien pronto por un exquisito pintor de género, é hicieron volar su nombre más allá de los límites de Sevilla. De esta época son los primeros tanteos para las Exposiciones Nacionales de Madrid, pues en la de 1864 presentó los lienzos *El músico ambulante*, *La hija del preso* y *La huérfana*, mereciendo mención honorífica, y dos años más tarde *La pordiosera* y el boceto *Los ángeles buenos y los malos durante el suplicio de Jesús*, que fué objeto de generales alabanzas. En la de Sevilla de 1867 expuso otro cuadro, *Don Juan de Mañara encontrando su propio entierro*, que causó también profunda impresión.

Por aquel tiempo, el duque de Fernán-Núñez abrió un concurso para la ejecución de un cuadro conmemorativo de la guerra de África, para adornar su palacio de Madrid, y Jiménez quiso aventurarse á medir sus armas con otros artistas, enviando un boceto de la *Entrada de las tropas españolas en Tetuán*. Llevóse el premio y la ejecución de la obra definitiva don José Palmaroli, que era entonces uno de los artistas que mayor privanza gozaban en la Corte; pero, sorprendido él mismo por las relevantes cualidades de su joven contrincante, aconsejó al duque la adquisición del boceto de Jiménez. Y como, al tratar del precio, éste pidiera una suma irrisoria, en armonía con lo que estaba acostumbrado á cobrar por sus cuadros, Palmaroli puso precio al boceto, estimándolo en una suma que su joven contrincante no se hubiera atrevido á soñar.

Este asunto dióle ocasión de ir á Madrid por primera vez, donde admiró el Museo del Prado y especialmente á Velázquez, que fué para él una revelación. Complaciase, en su edad madura, en recordar la impresión que le produjo la contemplación de los lienzos del primero entre los pintores españoles, y declaraba que hasta entonces no se dió cuenta exacta de lo que era la pintura.

Establecióse en Madrid durante tres años, hasta que en 1871 expuso los dos cuadros que mentamos al principio, uno de los cuales adquirió el Gobierno, y con su producto hizo su primer viaje á Roma, lleván-

do consigo á sus padres y hermanos, á más de su mujer y tres hijas.

De cómo aprovechara el tiempo en la Ciudad Eterna y de la estima que logró entre sus connacionales es buena muestra el siguiente episodio, que relata Eusebio Blasco en *Europa y América*, y cuya autenticidad le dejamos:

«Érase en vida de Fortuny. La primera vez que éste fué al estudio de Jiménez Aranda, en Roma, creyó que perdía su tiempo y que le hacía un favor con la visita.

Pero así que entró y vió el cuadro que el artista titulaba *Dios guarde al rey*, varió de opinión y quedó sumamente sorprendido.

Jiménez Aranda no estaba pensionado por el Gobierno. Había ido á Roma con recursos propios ó por la protección de algún particular sevillano.

—¿Para quién es este cuadro? — preguntó Fortuny.

—Para nadie, — respondió el artista, con su habitual sequedad. — Yo no he vendido aún nada.

—Pues yo lo compro, — respondió el artista catalán, que era entonces el dios de los pintores representantes en Roma de todos los países.

Y, al salir del estudio, les dijo á los artistas que formaban su cohorte y que le habían acompañado:

—No se debe desdeñar á nadie sin conocerle. Este hombre dibuja de una manera tal, que podría enseñar á todos.

Aquella misma tarde, escribió á Stuart, el famoso coleccionista, y le dijo:

«Compre usted el cuadro que le enviaré en esta semana. Es obra de un artista español de gran mérito, á quien no dudo en augurar un porvenir brillantísimo.»

Stuart no discutía jamás una opinión de Fortuny. Envio el precio que éste le indicó y adquirió el cuadro sin conocerlo.

Pero, al venir Fortuny á París aquel invierno y visitar los salones del rico americano, notó que el cuadro de Jiménez Aranda estaba encima de una puerta.

—¡Cómo! — exclama Fortuny, con esa hermosa lealtad de criterio del genio que no conoce la envidia. — ¿Ha creído usted tal vez que mi carta era una recomendación y nada más? ¿No ha sabido apreciar lo que tiene? ¡Coloque usted ese cuadro en lugar preferente... ó quite usted todos los míos!»

Poco menos de tres años estuvo Jiménez en Roma, gozando de la consideración de toda la colonia española, que le reconocía uno de los primeros lugares; allí pintó, además del lienzo expresado, *La rifa del santo*, *Che caldo fa* y *El barbero en lunes*.

Cansóse de estar en Roma, y en 1874 regresó á España, yendo á parar á Valencia, donde se detuvo un año, pintando *La Murga* y algunos otros; y luego se trasladó á Sevilla, instalándose en su ciudad natal hasta 1881, produciendo, entre otras obras, algunos dibujos para el Album de Calderón de la Barca, que publicó la Academia Libre de Bellas Artes, y varios retratos, como el de don Juan Piñera y el de la duquesa de T'Serclaes, que la crítica calificó de notabilísimo.

Poco después, el artista se trasladó á París, donde fijó su residencia, acompañado siempre de sus deudos (excepto sus padres, que habían fallecido), y en la capital francesa no tardó en consagrar su reputación, iniciada en el Salón de 1878 con *El guardacantón*, tipo de majó.

Su fecundidad en este período de nueve años de residencia en la capital francesa toca en lo extraordinario, si se considera, sobre todo, que sus obras eran el producto meditado y consciente de una labor perfecta y acabada. Meissonnier reconoció sus relevantes méritos, y al gran artista francés le comparaban cuantos trataban de describir el género artístico á que se dedicaba con predilección Jiménez.

Difícil es enumerar las obras que produjo su pincel en este brillante período de su historia, muchos de los cuales han popularizado la fotografía y las ilustraciones. Pero, circunscribiéndonos á las que expuso en el Salón y que dieron motivo á la prensa para escribir sendos ditirambos en su honor, debemos mencionar *Los penitentes*, *¡Que llega el capitán!*, *Dernière epave*, *El sermón en el patio de los Naranjos*, *La tertulia en Sevilla*, *Los dos amigos* y *Le vieil arbre* (acuarelas) *Preliminares de un matrimonio* y una colección de quince *academias* dibujadas á la pluma y el famoso Tríptico *La visión de Fray Martín* que le inspiró el poema de Núñez de Arce.

Entretanto, iba realizando el ensueño de toda su vida. Fuerte ya con todos los elementos de una técnica que obedecía dócilmente á su voluntad, empleaba las noches de su existencia, consagrada por entero al arte, como si nada más existiera á su alrededor, dando vida física, substancial, psicológica al héroe de la inmortal novela de Cervantes. Los amores de su infancia cuajaron en su edad madura en una forma que se confunde con la realidad misma, que sigue el desenvolvimiento físico y fisiológico de un hombre, convirtiéndose en narración *visible* la escrita por Cervantes.

Ignoramos si nostalgia de patria ó cansancio de mundo, ó deseo de movimiento le hizo dejar París, cuando mayor era su renombre. En la Exposición Universal de 1880 se despidió de la capital francesa con su cuadro *La desgracia*, ganando la medalla de oro, y con ella y con su lienzo se presentó en la Exposición de Madrid de 1890, obteniendo la misma recompensa en la capital de España. Su regreso fué señalado con vivas muestras de satisfacción por el mundo artístico; mas no pasó mucho tiempo sin que nuestro artista sintiera la comezón de volver á su ciudad natal, y allí, finalmente, dió con su persona ocho ó nueve años antes de que la muerte truncara su gloriosa vida.

Instalóse definitivamente en Sevilla, donde siguió *haciendo arte* con

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



Salón París.

TRÍPTICO INSPIRADO EN EL POEMA DE NÚÑEZ DE ARCE, *La visión de Fray Martín*.

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



AL ESCONDITE

Salón Parés.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA